

forzosas». La reforma del Tribunal Supremo, la creación del Comisariado del Gobierno para la inspección de los Tribunales y Juzgados.

Por un Decreto de junio de 1933 el Ministerio de Justicia refundía en un solo cuerpo legal los diferentes Decretos y Ordenes que venían regulando las situaciones de los funcionarios de la carrera judicial, y ese mismo año se promulgó la Ley reguladora del Tribunal de Garantías Constitucionales, prevista en la Constitución.

Los tres años siguientes y últimos de la República son un continuo contraste entre las palabras y la letra de las disposiciones sobre la justicia, la organización, estructura y derechos de Jueces y Magistrados, y los hechos arbitrarios y despóticos de los gobernantes en los que se niegan cada día esas garantías proclamadas. Son una radical polémica entre el abuso sectario del poder y la dignidad y sentido de justicia y equidad de los componentes de la carrera judicial; la pretensión del poder gubernativo y de sus servidores (entre los que estaban a veces los propios Ministros de Justicia) y la voluntad fuerte y convencimiento del poder judicial que no se doblegaban (excepciones hubo, cómo no) a conocer y administrar otra justicia que *la* justicia a secas, sin adjetivaciones deformantes. Bien decía Ventosa que por muchas que pudieran ser las desviaciones de la justicia, muchos los errores que pudieran cometer los Magistrados, indudablemente serían muchos más errores, las violencias y las arbitrariedades que cometería el Poder Público si llegaba a desaparecer la independencia del Poder Judicial.

Refiriéndose a la República, dice el autor, Magistrado Agundez, que «no había habido, durante muchos siglos de historia patria, unos gobiernos que despreciasen tanto a la Justicia y a los Jueces. Por esto sólo sus días estaban contados. El suicidio del régimen acababa de realizarse... Entonces llegó la guerra».

Emilio SERRANO VILLAFañÉ.

ALEKSÉEV, Mijail: *Rusia y España: una respuesta cultural*. Versión directa del ruso y prólogo de José Ramírez Sánchez. Seminarios, S. A. Madrid, 1975. 233 págs.

El autor de este libro, profesor de la Universidad de Leningrado y miembro de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, es Doctor *honoris causa* de varias Universidades europeas y ha dedicado su vida a la investigación de las relaciones de la literatura rusa con las de Occidente y, más extensamente, la aportación eslava a la civilización mundial. Por eso es, sin duda alguna, la máxima autoridad soviética en el estudio comparado de las literaturas europeas, y uno de los más grandes hispanistas de la Rusia actual.

Este libro que presentamos, hasta ahora inédito en español, es el resultado definitivo de Mijail Alekséev sobre las relaciones culturales entre España y Rusia, que han sido estudiadas por el autor desde hace más de

treinta años y recogidas en 1964 en un libro del que éste de ahora es la primera edición española del texto ruso definitivo.

En esta obra y basado en rigurosos documentos, demuestra que España y Rusia han mantenido a lo largo de su historia relaciones muy variadas e intensas de tipo cultural. El autor demuestra que existió una influencia mutua indudable y rica porque son dos culturas con un patrimonio europeo común. Y estas influencias son más que hechos curiosos; en ellas se revelan determinadas tendencias ideológicas, históricas y sociales.

Alekséev detiene su estudio al comienzo del siglo XIX porque ahí finaliza el período «puschkiniano» de la literatura rusa. Desde ese momento la visión realista se impone definitivamente y Rusia se lanza a asimilar las ideas sociales y filosóficas de Europa.

A través de los cinco capítulos del libro el autor va exponiendo con ejemplos concretos documentados esas relaciones entre la cultura rusa y la española, que han tenido altos y bajos, pero fue permanente la simpatía mutua, de la que Alekséev nos deja constancia histórica.

Las relaciones oficiales entre Moscovia y España se iniciaron relativamente tarde y hasta finales del siglo XVII tuvieron un carácter esporádico. Pero ambos pueblos se conocieron varios siglos antes. Existen documentos —dice el autor— que confirman que en el siglo XV ya habían llegado rusos a España, aunque no por su propia voluntad, sino como esclavos vendidos por los tártaros de Crimea.

A finales del siglo XV, se tenían noticias en Moscú de la Inquisición establecida en España. El arzobispo de Nóvgorod, Guenmadi, se refiere a este acontecimiento en carta al metropolitano de Moscú, Zosima, de octubre de 1490, en la que veía con simpatía la persecución de los «herejes» y el fanatismo religioso del Monarca católico. Es más, la Iglesia católica en el Nóvgorod de fines del siglo XV y comienzos del XVI, inspiradas sus autoridades en el ejemplo del Rey español, persiguió a los herejes rusos y copió los métodos de la Inquisición española.

También llegaron a España con bastantes detalles la historia de personajes rusos que inspiraron obras de nuestra literatura. Así, por ejemplo, el drama de Lope de Vega *El gran Duque de Moscovia Astolfo*. Es menos sabido que también Cervantes dispuso, al parecer, de fuentes impresas sobre el Estado de Moscovia (para ambientar su novela *Persiles y Sigismunda*; en *El gran Duque de Moscovia y los tributos*, que forma parte de su obra *La hora de todos y la fortuna con sexo*).

Recíprocamente, la España de Cervantes y Lope también sonaba en Moscú, porque desde España regresaban muchos rusos liberados de los turcos por los españoles. En el siglo XVI llegó a la literatura rusa la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo por los españoles, «enviados por el rey español Ferdinand», al frente de los cuales iba «un hombre llamado Jristofor Kolimbo»; y «antes, de tierras españolas con Jristofor viajó un extranjero llamado Vesputsii, al que después llamaron Ammerik, por el nombre de una gran isla que él descubrió».

En la segunda mitad del siglo XVIII se registran varios viajes diplomáticos de Moscú a Madrid en los que se recogen detalles y descripciones de las tierras y pueblos españoles que son publicados, leídos y acogidos

con simpatía en Rusia. En Rusia se conoce *El Quijote*, en el que se inspiran algunos de sus estudios y leyendas (por ejemplo: el revelado por Busláex, *Notable parecido entre la leyenda de Pskov sobre el monte Súdoma y un episodio del «Don Quijote»*, *Los siete Simeones*, etc.).

Más tarde empezaron a propagarse entre los lectores rusos adaptaciones de nuestro Raimundo Lulio, sobre todo su *Ars magna*, que inspiró la *Magna y maravillosa ciencia* del ruso Belobotski. También a finales del siglo XVIII, con un gran retraso llegaron a Rusia varias obras de escritores españoles (por ejemplo, la de Diego Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas*, varias veces traducida en Rusia).

Desde que en el primer cuarto del siglo XVII Rusia y España establecen relaciones diplomáticas regulares, los intercambios e influencias en todos los órdenes sufren un considerable aumento. En el teatro ruso de la época de Pedro el Grande se representaba la *Comedia de don Yan y don Pedro*, basada en la famosa leyenda española de Don Juan, que tantas veces inspiraría a los escritores rusos de los siglos XVIII y XIX, aunque el tema se trataba de modo distinto de como lo hicieron los dramaturgos españoles y la leyenda perdió casi todo su sabor español —acaso por la influencia de las versiones francesas—.

La prensa rusa escribía de España: *Vedomosti*, de San Petesburgo, insertaba noticias de nuestro país. En 1720, en la misma ciudad, aparece el libro *Razonamiento sobre las muestras de paz*, donde se plantea la suerte de Gibraltar, del que Inglaterra se había apropiado.

Entre los libros traducidos en la época de Pedro I e impresos con la llamada «letra civil», algunos aportaban datos sobre España, sus habitantes y países limítrofes. Puffendorf en su *Introducción a la historia europea* (San Petesburgo, 1718) dedica a España un capítulo en el que España aparece descrita con mucho detalle en la *Geografía o breve descripción del globo terráqueo* que, por orden de Pedro I, se editó cuatro veces entre 1710 y 1716. También en esos años y siguientes de la primera mitad del siglo XVIII, circulaban por Rusia un sin fin de novelas manuscritas, adaptaciones tardías de los libros de caballería occidentales. Muchas tenían como escenario España, pero una España fabulosa, imaginada, en nada semejante a la real, hasta el punto de que los príncipes y princesas españoles que las protagonizaban ya no tenían ni siquiera nombres españoles. La acción de algunas de esas novelas manuscritas rusas de los siglos XVII y XVIII, que se hallan entre la creación literaria y la narración oral, transcurre con frecuencia en tierra española y, a veces, en el mismo «Madrid», pero tras los nombres geográficos no hay ningún contenido real.

En 1736, se edita en Madrid —en dos volúmenes y con más de 600 páginas— la *Historia de Moscovia y vida de sus zares, con una descripción de todo el imperio, su gobierno, religión, costumbres y genio de sus naturales*, escrita por Don Manuel Villegas Piñatelli. Es una obra seria y concienzuda; el autor acudió a abundantes fuentes bibliográficas y a impresiones directas que compartió con el autor alguien que conoció en Rusia. Sobre la actualidad política figura impresos en España el folleto *Revoluciones en Rusia*, de Joseph Azneita, que trata del golpe de Estado del

28 de junio de 1762. También publicaciones más importantes como los dos volúmenes del *Compendio cronológico de la historia y del Estado actual del Imperio ruso*, de Luis del Castillo (Madrid, 1796).

Al ruso fueron también traducidas las obras más importantes del género «hispano-morisco»: *Zaida, novela española*, *Inés de Corduan*, *Gonzalo de Córdoba*, *El último abencerraje*. En Rusia, todas estas obras fueron adaptadas al teatro y al *ballet*.

Una prueba curiosa de la popularidad de la temática española entre la pequeña burguesía rusa de la ciudad es la serie de anécdotas y relatos comprendida en el famoso *Libro de cartas*, de Kurgánov, que alcanzó una difusión extraordinaria y que relata muchas anécdotas que tienen por escenario España, costumbres y ciudades españolas. Del francés fue también traducido *El lazarillo de Tormes*, del que se hicieron varias ediciones en ruso. También fueron traducidas las novelas españolas *El diablo cojuelo*, *La historia de Guzmán de Alfarache*, *Gil Blas*, etc. Pero estas novelas realistas, con acento satírico y, en ocasiones, con un mal encubierto fondo antiaristocrático y de oposición política, cumplían en Rusia —advierte el autor— el mismo papel que en Francia: «desplazaban la cultura clásica noble y formaban en la conciencia de las naciones capas sociales».

El conocimiento de *Don Quijote* en la Rusia del siglo xvii merece a M. Alekséev una consideración especial. Hasta fines de los años 60 la obra no gozó de gran popularidad. La conocían los poetas. Lomonósov conoció el *Don Quijote* por una traducción alemana, adquiriéndola seguidamente, y es significativo que estudiara el español para leer directamente a los escritores españoles, pudiendo después emitir un elogioso juicio sobre «el esplendor de la lengua española».

Desde la primera traducción rusa de la novela, en 1796, el *Don Quijote* ruso fue siempre «un refrito de las traducciones y variantes francesas». Pero fueron muy numerosas las ediciones y reediciones totales de la inmortal obra y también algunas narraciones parciales de la misma. Pero lo cierto es que las citas de Cervantes en las revistas de fin de siglo muestran que *Don Quijote*, aunque mutilado, ocupó un lugar firme en los ambientes literarios de Rusia a fines del siglo xviii. Y no sólo en la literatura, sino que fue llevada al teatro, a la ópera y al *ballet*, inspirando a autores, adaptadores y críticos las más encontradas opiniones.

A fines del siglo xviii, España y su lugar en la civilización europea desatan una disputa a escala continental; esta disputa también repercutió en Rusia. La cuestión se planteaba así: ¿Qué debe Europa a España? En 1786, el abad Denina, en una extensa Memoria a la Academia de Berlín, da su respuesta (*Discours en réponse à la question: que doit on à l'Espagne*). Ese mismo año la Memoria fue editada en ruso. La obra de Denine es una carga contra Francia, afirmando que Descartes no tenía ninguna originalidad, y que su sistema del mundo estaba inspirado en los españoles Gómez Pereira y Francisco Vellés. «Sólo ha habido un hombre grande de verdad: Luis Vives.»

En el siglo xix son muchas las obras literarias y teatrales rusas inspiradas en obras españolas y cuya acción transcurría en España. Los es-

critores rusos «seguirán gustando del escenario español para sus obras, pero desde ahora reflejarán la vida española con mayor profundidad y veracidad, algunos, incluso, basándose en impresiones propias».

La primera ola de «hispanofilia» rusa se produce en 1812, durante la llamada Guerra patria, que dió origen a las milicias populares y a los destacamentos guerrilleros, que batían con tanto éxito al ejército francés. España, que entró en guerra contra Napoleón antes que Rusia, «se apuntó una serie de victorias sobre el invasor, y el fuerte movimiento de liberación nacional surgido en España no tuvo al principio el carácter revolucionario que tendrá posteriormente».

La guerra contra Napoleón en España tuvo una gran repercusión en la prensa, inspiró a escritores rusos y ayudó mucho a despertar el interés por la literatura y la lengua españolas. Los periódicos rusos se prodigaron en comentarios sobre la guerra hispano-francesa, sobre la Constitución y las Cortes españolas, se publicaron esbozos biográficos de los políticos y militares españoles. Los «hechos más trascendentales en la historia de la España contemporánea» hallaban el aplauso e interés de los lectores. En el mercado de libros aparecieron ediciones destinadas a satisfacer el interés por la historia, las costumbres y la vida de España. Y las guerrillas rusas se inspiraron en las guerrillas —*Kirilovets*— españolas y unas y otras proporcionan temas literarios y teatrales a los autores rusos: *Gloria a los españoles invencibles*, exclamaba en 1812 Nikolai Turguénev, y apuntaba que jamás la sangre humana se había derramado tan justamente.

Por aquella época apareció el primer manual ruso para el estudio del español: *La breve gramática, sistematizada de acuerdo a las reglas de la Gramática de la Academia Real Española* (Mitava, 1811), de Yákov Langen, políglota y prolífico escritor.

Las revoluciones españolas del siglo XIX, o los «sucesos de España», eran vistos por los rusos como algo más que unos de tantos acontecimientos políticos europeos, y los rusos veían, por ejemplo, que la revolución de 1820 «podría ser un ejemplo útil para Rusia y que, en general, serviría de ejemplo estimulante para los demás pueblos». Y esto mismo y la «aplicación» que la sociedad rusa estaba dando a los acontecimientos en España y hasta la misma «hispanofilia» se había convertido en aspectos peligrosos que obligaban al gobierno ruso a ponerse en guardia. Y ciertamente, los recelos estaban justificados, ya que eran constantes las manifestaciones rusas de solidaridad con los españoles revolucionarios.

Termina Alekséev este libro subrayando en el último capítulo la difusión en Rusia, a partir de la primera treintena del siglo XIX, de la literatura y la lengua españolas, apareciendo las primeras traducciones directas o, al menos, cotejadas con el original español. Y esto —en opinión de este autor— obedecía al deseo de conocer la actualidad política de España, estudiando su pasado. Y porque siendo ya peligroso allí hablar de la revolución española, se hablaba de la literatura española, lo cual impulsó a las esferas liberales de la sociedad rusa a estudiar la historia, la etnografía y la literatura españolas.

Y este es un mérito indiscutible del ilustre historiador ruso y de este